La Comédiathèque

HAPPY HOUR

Jean-Pierre Martinez





comediatheque.net

Este texto se ofrece gratuitamente para su lectura.
Cualquier representación pública, profesional o aficionada, requiere autorización previa de la SACD:
www.sacd.fr

Happy Hour

Jean-Pierre Martinez

En un bar nocturno bajo vigilancia policial, mientras se busca a un peligroso psicópata, un camarero inquietante escucha las confidencias de clientes solitarios que han quedado con misteriosos desconocidos a través de internet. Una comedia desmadrada, obscena y de un humor negrísimo, entre la farsa y el absurdo.

Personajes:

El camarero (o la camarera)

La comisaria (o el comisario)

El psicópata (papel adaptable a una actriz)

El hombre

La morena

La rubia

© La Comédiathèque

1 – El camarero (o la camarera) – La morena

Tras la barra, el camarero seca vasos. También puede interpretarlo una actriz y jugarse con la ambigüedad de género. En la radio suena una vieja canción francesa. Se oye tirar de la cadena. Sale del servicio una morena bastante corriente, tirando a vulgar, y vuelve a sentarse ante su copa. Lleva un jersey descomunal de un color imposible de definir. El camarero cambia de emisora: un locutor retransmite con pasión el final de un partido de fútbol. El camarero apaga la radio. La morena apura la copa.

Camarero – ¿Te doy otro?

La morena lo mira, agotada. No está segura de haber entendido la pregunta, pero por un instante se permite fantasear.

Morena – ¿Cómo dices?

El camarero señala, con aire de hastío, el cartel «Happy Hour» sobre la barra, en cruel contraste con la tristeza del local vacío.

Camarero – ¡El cóctel de la casa! El segundo es gratis.

Morena (*suspirando*) – Happy Hour... Mis cojones. Llevo una hora esperando a un tío y todavía no se ha dignado a aparecer...

Camarero – ¿Un tipo?

Morena – ¿Tanto te sorprende que un hombre quiera quedar conmigo?

Camarero – Un hombre, sí...

La morena parece sorprendida.

Morena – ¿Cómo se llama este bar, por cierto?

Camarero – Los Flamencos Rosas...

Morena – ¿Flamencos como los pájaros o como los belgas? Ah, vale... Un bar belga. (*Cambiando de tema*) Este cóctel sabe un poco a plátano, ¿no?

Camarero – ¿Sabías que el ser humano comparte el 99% de sus genes con el mono?

Morena – No...

Camarero – Y como los monos comparten un montón de genes con los plátanos, casi podríamos decir que el hombre es un plátano con piernas... y con cerebro.

Morena – Bueno, lo del cerebro será según el modelo. Algunos vienen sin ese accesorio.

Camarero (*sintiéndose aludido*) – ¿Estás pensando en alguien en concreto...?

Morena – Estoy pensando en el idiota que se olvidó de que tenía una cita conmigo.

Camarero – Igual está esperando a que acabe el partido. Ya van por la prórroga... El delantero brasileño acaba de metérsela al portero belga por detrás...

Morena – ¿Seguro que hablas de fútbol? (*El camarero no contesta.*) ¿Tú qué harías en mi lugar?

Camarero – ¿Una hora esperando? No sé qué haría yo en tu lugar, pero en el suyo... Si aparece ahora, vas a parecer una desesperada capaz de cualquier guarrada con tal de no dormir sola.

La morena encaja el golpe.

Morena – ¿Tú crees...?

Camarero – Ya sabes lo que dicen: si me buscas, me largo; si te largas, te la mamo...

Morena (*destrozada*) – Creo que mejor me tomo el segundo cóctel gratis...

El camarero mete un cucharón en un barreño con el cóctel de la casa y le llena la copa. Ella da un trago generoso y traga con dificultad.

Morena – También se nota el jengibre...

Camarero – Lleva jengibre.

Morena (*mirando el local desierto*) – Joder, qué ambientazo... Un viernes por la noche y aquí no folla ni Dios. ¿Están todos viendo el partido?

Camarero – No, están poniendo una retrospectiva de Dalida en la tele. Nos hunde el negocio cada vez. Por eso hacemos Happy Hour...

Morena – Deberían haberlo llamado *Gay Hour*. Para despejar cualquier duda... ¿Por qué me citó en un bar gay?

Camarero – Supongo que para ser el único macho hetero del lugar... Tener tanto miedo a la competencia, por lo general, no es buena señal...

Morena (*inquieta*) – O puede que sea gay de verdad y me haya confundido con un tío. La foto de mi perfil estaba bastante borrosa... (*Preocupada*) ¿Tú me tomarías por un tío en una foto borrosa?

Camarero – No... Ni a oscuras.

La morena sigue con cara de desánimo.

Camarero – ¿Cómo te llamas?

Morena – Jane...

Camarero – Venga, Jane, todavía puede aparecer tu Tarzán...

Morena – Mi madre me puso Jane por la novia de Tarzán. Pues los tíos con los que quedo se parecen más al mono. Cuando vienen, claro...

Camarero – Ya sabes lo que dicen: uno perdido, diez encontrados...

Morena – ¿Diez? Más bien diez desaparecidos. Con los hombres pasa como con el pelo: pierdes uno, luego otro, y cuando te quieres dar cuenta estás completamente calva. Sé de lo que hablo...

Camarero – ¿Pierdes el pelo?

Morena – No, trabajo en una peluquería. Y, al paso que vamos, hasta las que lavan cabezas van a quedarse sin clientela.

Camarero – Tú no eres de ver el vaso medio lleno, ¿verdad?

Morena – Tengo telarañas bajo la falda de tantos plantones que me han dado últimamente...

Camarero – Algún día aparecerá tu príncipe y acabará enganchado en esas telarañas. (*Paternalista*) Eso sí, no te olvides de usar protección...

Morena – No te lo vas a creer, pero soy alérgica al látex. Es muy malo para la flora vaginal, ¿sabes?

Camarero – Vaya... No, no lo sabía. ¿Y para la fauna?

Morena – Me pica una barbaridad... (*Pausa*) ¿Tienes un tenedor?

Camarero (*preocupado*) – ¿Para...?

Morena – Hay una cosa flotando en mi cóctel. (*Se inclina*) Parece un ojo. (*Levanta la cabeza, inquieta*) Y juraría que me está mirando...

El camarero parece contrariado.

Camarero – Joder, no lo he triturado lo bastante...

Coge un tenedor y retira discretamente la cosa flotante. Continuando con sus pensamientos, la morena suspira.

Morena – Es que ni amigos tengo. Me hice una cuenta en Facebook y el único que me pidió amistad por iniciativa propia fue un argentino que se tira pedos por encargo. Mi vida social es un puto solar... Si mañana me casara, no sé de dónde sacaría un testigo. Y ya no digamos un marido...

Camarero – ¿No tienes familia?

Morena – Todos murieron cuando yo tenía tres años...

Camarero – No...

Morena – Asfixiados... El monóxido de carbono no perdona. Vivíamos de las ayudas en un piso de protección oficial, en el barrio más rico de París. Mi madre llevaba años sin limpiar el tubo de la estufa...

El camarero la mira, perplejo.

Morena – Yo fui la única superviviente. Mi padre me encerraba todas las noches en el sótano. Eso fue lo que me salvó...

Camarero (*horrorizado*) – ¿En el sótano...?

Morena – ¡Para no oírme llorar! Tenía hambre... Mi padre era alcohólico. Mi madre le daba dinero para un litro de leche y él volvía con un litro de vino tinto.

Camarero (*al borde de las lágrimas*) – ¡Oh, Dios mío...!

Morena – ¡Que es coña! ¿Has visto alguna vez viviendas sociales en el barrio más rico de París?

El camarero se queda callado un momento, un poco molesto por haberse dejado engañar.

Morena – Pero con mis padres tampoco me llevo de maravilla... Su último regalo de cumpleaños fue una carta certificada del notario: cuando mueran, dejarán todo a la investigación contra el cáncer. Mira qué generosos, financiando la cura de una enfermedad de la que ellos ya estarán muertos... ¿Y tú? ¿Aún tienes padres?

Camarero – Mi madre falleció, y mi padre está internado en Bélgica...

Morena (*impresionada*) – Porque el dolor le volvió loco...

Camarero – No. Porque le cortó la puta cabeza con una motosierra.

Morena – Ah... ¿Era leñador?

Camarero – Cinéfilo, más bien. Acababa de ver La matanza de Texas.

La morena encaja el golpe, antes de dar un sorbo más a su cóctel y volver a sus problemas con un suspiro.

Morena – Tampoco pido tanto. Un poco de cariño, vaya. Alguien que me espere en casa todas las noches para lanzarse sobre mí cuando vuelva del trabajo.

Camarero – Cómprate un pastor alemán...

La morena se pregunta si está bromeando o no.

Morena – Y tú, ¿tienes a alguien?

Camarero – Acabo de romper con mi prometido. Era informático...

Morena – Bueno, ya me imagino que con eso basta como razón...

Camarero – Cada vez que follábamos, me susurraba al oído: «Abre tu puerto USB, cariño, que voy a enchufarte el periférico...»

La morena suspira.

Camarero – Vamos... Seguro que hay alguien para quien importas un poco.

Morena – Hoy es mi cumpleaños y los únicos que se han acordado son los de la tienda online donde compré este jersey. Me han mandado un descuento para que compre otro igual...

El camarero coloca en el cóctel un palito que enciende y empieza a lanzar chispas.

Camarero – ¡Feliz cumpleaños!

Morena – Gracias...

En una atmósfera patética, ambos miran el palito chispear hasta apagarse.

Morena – ¿Y tú? Tampoco debe ser fácil. Quiero decir... Con tu familia. ¿Cómo fue tu salida del armario?

Camarero – Mi padre me pilló haciéndome una paja delante de un vídeo porno gay.

Morena (*distraída*) – Ah, sí... (*Saca un espejo del bolso.*) No sé para qué me habré puesto este jersey. Parezco una morcilla mal embutida, ¿verdad? (*El camarero hace una mueca diplomática.*) Comprar por internet es como ligar por internet: en la foto piensas «bueno, puede pasar», y cuando llega el paquete...

Camarero – Descubres que no es tu talla...

La morena sigue mirándose en el espejo.

Morena – Y encima este color me sienta como una patada en el hígado. Parece que tenga cirrosis... (*Suspira*) Voy a fumarme un cigarro fuera. Si no vuelvo en cinco minutos, me habré tirado al Sena. Y ni se te ocurra llamar a una ambulancia. ¡No pienso dejar que me reanimen!

Camarero – Tranquila. Yo fui bombero voluntario. Así aprendí a hacer el boca a boca... antes de que me expulsaran por encubrimiento de un cadáver. Bueno, el cadáver era cosa de mi padre... En fin...

La morena se queda un poco desconcertada, y luego se dirige a la puerta.

Morena – Si llega mientras tanto, no le digas que ya estuve aquí y que llevo una hora esperándole, ¿vale?

Camarero (*con una sonrisa inquietante*) – No te preocupes. Haré lo imposible por retenerlo.

Morena – No sé si eso me tranquiliza...

Sale. El camarero vuelve a poner la radio. Suena otra vieja canción de amor, empalagosa y triste.

2 – El hombre – El camarero

El camarero abrillanta el tirador de cerveza mientras en la radio empieza un boletín informativo.

Locutor – Sigue sin aparecer el peligroso individuo que se fugó de un hospital psiquiátrico de Bélgica, donde estaba internado por decapitar a su esposa con una motosierra... (*El camarero presta atención.*) Varios testigos lo han visto primero en una tienda de bricolaje y después en la estación, donde habría comprado un billete para París. Las policías belga y francesa colaboran para encontrarlo cuanto antes...

Entra un hombre nervioso. Mira alrededor. Sea cual sea el actor y lleve lo que lleve puesto, está claro que no es un sex-symbol. El camarero apaga la radio.

Camarero – ¿Qué te pongo?

Hombre – ¿Qué tienes que sea bien fuerte?

Camarero – El cóctel de la casa...

Hombre – Pues ponme eso.

El camarero le sirve. El hombre mira a su alrededor.

Camarero – ¿Estás esperando a alguien...?

Hombre – ¿Se me nota tanto? Llego un poco tarde... ¿Has visto a alguien?

Camarero – Depende... ¿Qué aspecto tiene? Ah, vale, otro heterosexual. Entonces, ¿cómo es ella?

Hombre – Ni idea... La conocí por una web de citas. No puso foto.

Camarero – Tanto misterio no suele ser una buena señal...

Hombre – Yo tampoco puse la mía. Desde que la quité de mi perfil recibo muchos más mensajes...

Camarero – Seguramente porque a las mujeres les gusta el misterio.

Hombre – Bueno, cuando digo mensajes... Es la primera cita de verdad que consigo desde que me apunté. ¡Y llevo tres años! Nunca he tenido suerte con las mujeres. Ya en primaria la profesora de Geografía me cogió manía. Nos pidió que dijéramos un tipo de nube y yo contesté «cunnilingus» en vez de «cumulonimbo»...

Camarero – Ah, claro...

Hombre – Para que te hagas una idea de mi vida sexual: ayer estaba ordenando la cartera y descubrí que los condones habían caducado.

Camarero – Si los guardas en tu cartera...

Hombre – Claro, los llevo junto a la tarjeta sanitaria. Además, los preservativos los pone el que juega en casa, ¿no? Como en el fútbol...

Camarero – ¿En el fútbol...?

Hombre – En el fútbol... El equipo que juega en casa...

Camarero – ¿Sí...?

Hombre – Déjalo... (*Retomando el asunto*) Y encima me costaron un pastón, los putos condones. Llevan un gel anestésico que retrasa la eyaculación. Por lo visto, puede provocar alergias a las mujeres, pero bueno...

Camarero (*sorprendido*) – ¿Con gel anestésico...?

Hombre – Es que la última chica con la que me acosté... Yo creía que la había dejado encantada. Estaba a punto de dormirme con la satisfacción del deber cumplido cuando me besó en la mejilla y me dijo: «No te preocupes, a veces pasa...» Desde entonces, nada. El Sáhara. Ayer me aburría tanto que me pasé la noche jugando a acoplar una nave espacial a una estación orbital. En cinco años he follado tres veces. Y la última ni siquiera llegué al acoplamiento. ¿Tú esa la contarías?

Camarero – Si por lo menos despegó el cohete...

Hombre – Más bien explotó en pleno vuelo... (*Pausa*) Mi sueño sería tener dos mujeres, una morena y otra rubia. Cada noche escogería la que mejor combinara con mi corbata y me la llevaría a dar una vuelta en mi descapotable...

Camarero – ¿Y la otra?

Hombre – ¡En la cocina, preparando mi puta cena!

Camarero – Nunca había oído una fantasía de trío tan apasionante...

Hombre – Pues anoche tuve una pesadilla tremenda. Yo era el príncipe azul, llegaba a caballo y tenía que despertar a la Bella Durmiente metiéndole la lengua hasta la campanilla...

Camarero – ¿Una pesadilla?

Hombre – ¡Imagínate ese aliento a camello después de cien años sin lavarse los dientes! Y encima besaba como un pulpo... ¿Y tú, con qué sueñas?

Camarero – Con casarme con el príncipe Harry y convertirme en reina de Inglaterra.

Hombre – Ah, vale... Entonces, con razón no te gusta el fútbol...

Camarero – Ser gay no impide que te guste el fútbol, ¿sabes? Aunque yo prefiero el rugby... Me encanta ver a los jugadores por la tele, tirado en el sofá con un amigo y unas cervezas.

Hombre – Me pregunto si yo también seré gay...

Camarero – El otro día soñé que el capitán de la selección me clavaba un ensayo entre los palos.

Hombre – Oye, yo no tengo nada contra los gays. Trabajo con uno. A veces hasta comemos juntos en el McDonald's. Bueno, cada uno en una mesa...

Camarero (*con aire apenado*) – ¿Te pongo el segundo cóctel? Es *Happy Hour*...

Hombre – Primero voy a intentar acabarme este. (*Prueba otro sorbo.*) Hostia, aquí hay alcohol de noventa grados, ¿no?

Camarero – También lleva licor de plátano. Para darle ese toque suave...

Hombre – Qué raro... Cruje al masticarlo. (*Mira el barreño.*) ¿Qué es esa cosa marrón que flota? Joder, se mueve...

El camarero también se inclina para mirar.

Camarero – Una cucaracha, supongo. Pero no, no forma parte de la receta, ¿eh? Se habrá caído del techo. No te muevas, que he sido bombero... (*La pesca con el cucharón y la examina.*) Coma etílico. Llegamos tarde... Por lo menos a ella le ha gustado el cóctel.

El hombre lo mira, atónito.

Hombre – Pues yo, cuando perdí la virginidad, también iba borracho como una cuba...

Camarero – ¿Una fiesta de adolescentes con demasiada bebida...?

Hombre – No... Tenía 27 años... Fue en un hospital...

Camarero – ¿Con una enfermera?

Hombre – No, no... Una paciente... (*El camarero se queda helado.*) Pero no estaba terminal, ¿eh? Le acababan de quitar las amígdalas. Era la hija de la portera, de una isla del Caribe. Le llevé una botella de ponche. Como no podía beber por la operación, me la bebí yo entera... La botella, quiero decir. Y como tampoco podía hablar, nos comunicábamos por señas. Y una cosa llevó a la otra...

El hombre da un sorbo de su cóctel.

Hombre – Ahora que lo pienso, ni siquiera sé si había despertado del todo de la anestesia... En cualquier caso, nunca volvió a sacar el tema. Y tú, ¿dónde fue tu primera vez?

Camarero – En una bañera...

Hombre – No, pero digo... con otra persona.

Camarero – En una bañera grande.

Hombre – Ah, ya... Siempre me he preguntado qué se siente al hacerlo en el agua...

Camarero – Eso no sabría decirte.

Hombre – ¿Perdón?

Camarero – No se nos ocurrió llenarla...

El hombre asimila el comentario, luego mira su reloj.

Hombre – Me juego los calzoncillos a que no viene. Mejor me voy a casa, me meto en la cama y abro el gas. No, espera: primero abro el gas y luego me acuesto. Así no tengo que levantarme... Dentro de unos meses la portera encontrará mi cadáver pegado al colchón. Tendrán que recortar el colchón alrededor para llevarse el cuerpo... (*Bebe.*) ¿Te puedo hacer una crítica constructiva? Tu cóctel está de puta pena. ¿De dónde has sacado la receta?

Camarero (*ofendido*) – Es creación mía. Hasta ahora ningún cliente se había quejado...

Hombre – Igual es porque ninguno ha sobrevivido. No sé si este mejunje me está revolviendo las tripas o si son los nervios de la cita. Imagínate que aparece una supermodelo. Mejor voy a soltar un buen zurullo antes de que llegue. ¿Dónde está el váter?

Camarero – Al fondo del pasillo, a la derecha... (*El hombre va hacia el servicio.*) Qué romanticismo, por Dios...

El camarero vuelve a poner la radio. Suena una balada cursi de otra época.

3 – El camarero – La rubia

El camarero lee una revista de divulgación científica. Suena un boletín en la radio y presta atención, intrigado.

Locutor – Crece la preocupación en París. Hace apenas una hora varios testigos vieron a una mujer caer de un puente al Sena. ¿Suicidio o asesinato? Se desconoce. Los bomberos rastrean el río en busca del cuerpo...

Camarero – Tanto que quería que alguien la pescara...

Locutor – La policía investiga si el Decapitador de Bélgica, como lo apodan, podría estar implicado. El fugitivo también ha sido visto en el barrio, donde al parecer tiene familiares...

El camarero se inquieta. Entra una rubia espectacular con modales de supermodelo y aires de superioridad. Tiene los nervios de una pija con síndrome de abstinencia de coca. Busca a alguien en el local vacío y se acerca a la barra. El camarero apaga la radio y deja la revista.

Camarero – ¿Qué desea?

Rubia – Voy a esperar un rato. Tengo una cita...

Camarero – ¿Con un hombre? (*La rubia lo fulmina con la mirada.*) Perdón...

La rubia saca un espejo de su bolso y comienza a revisarse el maquillaje. El camarero vuelve a leer su revista científica.

Camarero – Mira qué curioso... ¿Sabes que los gatos siempre caen de pie? Pues unos científicos italianos ataron a dos gatos espalda contra espalda y los tiraron desde la torre de Pisa para ver de qué lado caían. ¿Tú qué crees que pasó? (*La rubia lo mira escandalizada.*) Tú eres el alma de todas las fiestas, ¿verdad? ¿A qué te dedicas? ¿A animar a depresivos en una residencia?

Rubia (*despectiva*) – Soy esteticista... en un centro de belleza exclusivo para rubias.

Camarero – ¿En serio? No sabía que hubiera centros especializados. Pues yo empezaría a buscar otro trabajo... (*Ella lo mira.*) ¿No sabías que las rubias están en peligro de extinción? Lo he leído aquí. Para ser rubia tienen que pasarte el gen los dos padres. Y como ya sois minoría y cada vez hay más mezcla de poblaciones... Para el año 2200 no quedará una sola rubia natural. No sé si es motivo de duelo... Y con el calentamiento global, peor aún: las rubias vienen de países fríos, así que a más calor, menos rubias. A no ser que las metamos en una reserva de la Antártida. Claro que habría que ver si se reproducen en cautividad... Dentro de un iglú.

La rubia huele la cubeta del cóctel con cara de desagrado.

Rubia – Tu cóctel huele a lonja de pescado. ¿Qué coño lleva? ¿Marisco?

Camarero – También. Mi padre decía que los crustáceos son las cucarachas del mar. Ahora que lo sabes... ¿Te apetece una copa?

Rubia – Creo que mejor me voy a sentar.

La rubia se dirige a una mesa y se sienta.

Camarero – Las rubias... Me ponen los pelos como escarpias.

El camarero vuelve a encender la radio. Suena una canción melancólica sobre esperar a alguien que no llega.

4 – El camarero – La comisaria

El camarero seca vasos. Entra la comisaria, con gabardina arrugada y sombrero ajado, como un detective de película antigua. El papel también puede hacerlo un actor masculino, ajustando los tratamientos.

Camarero – No me diga que usted tampoco es gay...

Comisaria – ¿Es usted de la policía?

Camarero – No.

Comisaria (*mostrando su placa*) – Yo sí.

Camarero – Ah...

Comisaria – Pues aquí las preguntas las hago yo. Investigo la desaparición de una mujer que cayó al Sena hace una hora. La vieron salir de este bar. Bajita, regordeta... ¿Sabe si iba acompañada?

Camarero – Creo que tenía una cita con alguien, pero el tipo no apareció. A menos que se lo haya encontrado al salir...

La comisaria saca una libreta para tomar notas.

Comisaria – ¿Había bebido mucho?

Camarero – Tomó una copa o dos. Cuando salió se tenía en pie y andaba bastante recta...

Comisaria – ¿Parecía deprimida? ¿Suicida...?

Camarero – No especialmente... Solo me dijo que si la encontraban ahogada, no quería ser reanimada. Me lo tomé como una broma...

Comisaria – Pues parece que se equivocó. ¿Ha visto algo más sospechoso?

Camarero – No... Bueno, sí. Un cliente se fue al baño hace como quince minutos y todavía no ha salido. ¿Cree que debería haber avisado a la policía...?

Comisaria (*guardando la libreta*) – Bien, bien... Pero hay otra razón por la que he venido. Como sabrá, el Decapitador de Bélgica... o sea, su padre... sigue fugado. ¿No habrá intentado ponerse en contacto con usted?

Camarero – No...

Comisaria – Muy bien... Volveré más tarde si tengo más preguntas que hacerle.

Camarero – ¿Le invito a una copa, comisaria?

Comisaria – Bueno...

Camarero – Es muy suave, ya verá. Entra solo.

Comisaria – Un poco de ternura en este mundo de bestias...

La comisaria se relaja y se quita el sombrero. El camarero le sirve una copa. Ella contempla el brebaje con cierta desconfianza.

Comisaria – ¿Me acompaña?

Camarero (*alarmado*) – ¿A comisaría...?

Comisaria – ¡Para brindar!

Camarero – ¡Ah! Eh... Nunca durante el servicio.

La comisaria prueba el cóctel.

Comisaria – Esto lleva caldo de carne, ¿verdad?

Camarero – ¡Bingo! ¿Y qué más...?

Comisaria – ¿Naranjas sanguinas?

Camarero – Qué olfato. Por algo es usted comisaria...

La comisaria termina su vaso.

Comisaria – Al principio sorprende, pero luego hasta le coges cariño...

La comisaria hace un gesto indicando que quiere otro vaso, y el camarero obedece.

Camarero – Verá, es muy reconstituyente.

La comisaria se toma el vaso de un trago.

Comisaria – Bueno... Si recuerda algún detalle interesante... o si su padre intenta contactarle, ¿me avisa? (*Le da una tarjeta*) Tome, aquí tiene mi número.

Camarero (*leyendo la tarjeta*) – «El Felpudo», bar de lesbianas... Vale.

Comisaria le quita la tarjeta y le da otra.

Comisaria – Perdone, me he equivocado de tarjeta... En fin, el deber me llama.

La comisaria sale bastante achispada. Suena un teléfono. El camarero contesta.

Camarero – ¿Diga...? ¿Quién? ¿Dios? (*Para sí*) Dios no me llamaría al móvil... ¿Que si conozco Sodoma y Gomorra? Escucha, papá... Vale, Jesús, si te hace ilusión... Te conozco la voz, no me vengas con gilipolleces. ¡No, no puedes quedarte en mi casa! Ni una noche. Vuelve a Bélgica ahora mismo. Ya sabes cómo acabó la última vez...

La comisaria vuelve. El camarero cuelga a toda prisa.

Comisaria – Perdón, olvidé mi sombrero.

El camarero le dedica una sonrisa tensa. La comisaria se pone el sombrero y se marcha. Él suelta el aire.

5 – El hombre – El camarero

El camarero está leyendo su revista científica. El hombre regresa del baño. El camarero apaga la música.

Hombre – Ah, ahora sí que me siento más ligero...

Camarero – Vaya... Te has tomado tu tiempo, ¿eh?

Hombre – Me habré quedado dormido. Ya ni me doy cuenta. Tengo apnea del sueño. Es una putada: puedo dormirme en cualquier momento. En una entrevista de trabajo, follando... Hasta en el teatro. Pero lo peor es cuando conduzco. No sabes el dineral que le he costado al seguro.

Camarero (*volviendo a la revista*) – Hablando de coches, escucha esto: (*Lee*) «Si un coche consiguiera superar la velocidad de la luz, sus faros iluminarían la carretera por detrás en lugar de por delante...»

Hombre – Sí, eso también es un buen motivo para tener un accidente...

Camarero – Y el conductor llegaría a su destino antes de haber salido.

Hombre – Eso a mí no me pasaría. Sobre todo camino del trabajo... Yo voy siempre marcha atrás, de las pocas ganas que tengo.

Camarero – Pues precisamente. Para llegar a tiempo al trabajo a la velocidad de la luz, tendrías que salir la noche anterior y conducir marcha atrás.

Hombre (*perplejo*) – ¿Marcha atrás...?

Camarero – Para que los faros iluminen hacia delante.

Al volverse hacia la sala, el hombre ve de repente a la espectacular rubia sentada en la mesa, y su sonrisa se congela.

Hombre – ¡Hostia puta!

Camarero – Bueno, pero no te va a pasar ahora mismo...

Hombre – Dime que no es ella...

Camarero – ¿Quién?

Hombre – ¡Ingrid! ¡La chica de internet! ¡Me cago en Dios! ¿La has visto? Menos mal que no había puesto su foto en el perfil. Si la llego a ver, ni me presento...

Camarero – Tampoco está tan mal... Para ser una rubia con airbags de serie.

Hombre – ¿Que no está tan mal? ¡Está de escándalo! Ni en sueños he visto una tía así... Y ahora resulta que existe. ¿Crees que tengo alguna posibilidad?

Camarero – Bueno, en cualquier caso hiciste bien en no poner tu foto tampoco. Si no, ella sería la que no habría venido.

Hombre – Oye, por ser feo no tengo por qué salir solo con cardos. Por la calle ves a tías espectaculares del brazo de unos tíos horrorosamente... ricos.

Camarero – ¿Y tú, a qué te dedicas?

Hombre – Ahora soy encargado de operaciones en McDonald's. Pero es provisional, ¿eh?

Camarero – Y a ella no se lo has dicho, claro. Aunque quizá lo intuya... Hueles a patatas fritas desde la otra punta del bar.

Hombre – Le dije que me apellidaba McDonald y que era sobrino del dueño...

Camarero – ¿Un sobrino de McDonald...? ¿Donald, el pato? ¿Los tres sobrinitos?

Hombre – Ronald...

Camarero (*cada vez más sorprendido*) – ¿Ronald?

Hombre – Fue el primer nombre que se me ocurrió.

Camarero – Yo hice un taller de teatro que se llamaba «Descubre tu payaso interior». Tú no tuviste que rebuscar mucho...

Hombre – Bueno, tengo que lanzarme o me arrepentiré toda la vida. Pero ¿qué coño le digo?

Camarero – No sé... «He encontrado una caja de condones que caducan a fin de mes y me jode tirar las cosas». O sé sincero: «Mira, estoy más salido que un mandril, pero igual, después de follar toda la noche como conejos, descubrimos que tenemos un montón de cosas en común».

Hombre – Toda la noche... Tampoco quiero prometerle lo imposible.

Camarero – Muy bien, señor McDonald...

Hombre (*mirando otra vez a la rubia*) – ¡Joder, qué monumento! ¿Tú la has visto?

Camarero – ¿Perdón?

Hombre – Honestamente, ¿qué opinas de ella?

Camarero – ¿Sinceramente? Tiene el calor humano de un congelador en el Ártico. Pero preguntármelo a mí es como preguntarle a un vegetariano si quiere el filete poco hecho o carbonizado.

El hombre va hacia la rubia, pero duda en cómo acercarse.

6 – El camarero – La comisaria

La comisaria vuelve, todavía más achispada, y se acerca al camarero, que limpia la barra.

Comisaria – Tengo novedades...

Camarero – ¿Ah, sí?

Comisaria – Hemos examinado el móvil que apareció en el puente. El de la víctima. ¿Y sabe qué hemos encontrado?

Camarero – No...

Comisaria – El hombre con el que tenía una cita... lo conoció en una web de contactos. Una web que, por cierto, conozco bastante bien.

Camarero – ¿En serio...?

Comisaria – Le dio cita aquí, en su bar.

Camarero – ¿Y qué conclusiones saca de eso, comisaria?

Comisaria – Está clarísimo: él la tiró al Sena después de intentar violarla. Ese psicópata usa varios nombres falsos para atraer a sus víctimas. ¡Hasta se hizo llamar Gertrudis!

Camarero – Sí, eso tiene toda la pinta de una mente enferma...

Comisaria – Ya caerá. Mientras tanto, si ve a ese individuo... Lo curioso es que cita a todas sus conquistas en este bar.

Camarero – Por lo que oigo aquí, más bien se dedica a dejarlas plantadas...

La comisaria parece reflexionar.

Comisaria – ¡Ajá! Una maniobra para despistarnos. ¿Quién sería tan gilipollas de citar a todas sus víctimas en el mismo bar?

El móvil de la comisaria suena, y contesta.

Comisaria – ¿Sí...? Ajá... Ajá... Vale...

La comisaria guarda el móvil.

Comisaria – Acaban de encontrar el bolso de la desaparecida en Le Havre, junto al mar, con toda la documentación dentro.

Camarero – ¿En Le Havre...? ¿Tan lejos?

Comisaria – La corriente, ya sabe... Es increíble lo que puede viajar un bolso en una hora. El cadáver probablemente ya estará en el canal de la Mancha. No lo encontraremos jamás... (*Mira el reloj.*) Casi medianoche. En fin, creo que me voy a caer redonda. Buenas noches.

Camarero – Buenas noches, comisaria...

La comisaria se marcha.

7 – El hombre – La rubia

El hombre se decide por fin a acercarse a la rubia, con una timidez conmovedora.

Hombre – Hola... (*Presentándose*) Ronald.

Rubia (*sorprendida*) – ¿Perdón?

Hombre – ¡McDonald!

La rubia lo evalúa un instante antes de responder.

Rubia – Lo siento, yo no he pedido ninguna hamburguesa...

Hombre (*aturrullado*) – Hablamos en una web de citas, «Sin Rodeos». Mi nombre de usuario es Ronaldo. ¿No eres Ingrid?

Rubia – No... Me llamo Astrid.

Hombre – ¿Astrid? Bueno... Se parece un poco, ¿no?

Ella le lanza una mirada glacial para ponerle en su sitio.

Hombre – Perdón, mejor te dejo tranquila...

El hombre está a punto de alejarse, pero se detiene.

Hombre – ¿Te puedo invitar a cenar algún día?

Rubia – A ver... Hoy es viernes... Creo que tengo libre el 29 de febrero de 2052. Es bisiesto.

El hombre no se da por vencido.

Hombre – Entonces, ¿te puedo invitar a una copa ahora mismo?

Rubia (*irónica*) – ¿Mientras esperas a Ingrid...?

Hombre – No, es que... En realidad solo había quedado con ella para hacerle una entrevista de trabajo...

Rubia – ¿Haces entrevistas en páginas de citas?

Hombre – Me vienen mejor las solteras. Pueden hacer turnos de noche sin que nadie se queje. Y en las webs de citas sé que están solteras. Venga, déjame invitarte a una copa.

Rubia – Yo también estoy esperando a alguien, para que lo sepas... (*Huele el aire.*) ¿Soy yo o aquí huele a fritanga? (*Con recelo*) Y tú, ¿a qué te dedicas?

Hombre – Trabajo con mi tío... En hostelería.

Rubia – ¿Tu tío...?

Hombre – ¡McDonald! Yo soy Ronald. Por eso me puse Ronaldo en «Sin Rodeos». Aunque mis amigos me llaman Ronnie.

Rubia (*sorprendida*) – ¿Y eres de verdad el sobrino de...?

Hombre – ¡El Tío Gilito! Así lo llamamos de cachondeo. Es un poco agarrado, sí, pero soy su único heredero. No voy a reprocharle que cuide bien su fortuna...

Rubia (*desconfiando*) – Qué curioso. No tienes nada de acento americano...

Hombre – No, claro, nací aquí. Soy de la rama europea de los McDonald. A veces viajo a la central de Estados Unidos para discutir la estrategia mundial de expansión... Y aquí superviso la cadena en París. Vente un día a comer a uno de nuestros restaurantes. Te invito yo.

Rubia (*perpleja*) – Pues... ¿por qué no?

Hombre – ¿Qué quieres tomar?

Rubia – No sé... Algo que no sea muy fuerte.

Hombre – ¿Confías en mí?

Ella sonríe fríamente. El hombre se aleja hacia la barra.

8 – El hombre – El camarero

El hombre vuelve a la barra. El camarero está otra vez metido en su revista científica.

Hombre – No es ella...

Camarero – ¿Quién?

Hombre – ¡Ingrid, la de la web! No es ella... Pero, oye, ¿por qué no probar? La otra no vendrá y seguro que era un puto adefesio...

El hombre echa un vistazo hacia la rubia.

Hombre – ¿La has visto? Me la imagino desnuda en la bañera, enjabonándose las piernas con una esponja...

Camarero – Mejor imagínatela con bata, en la cocina, pelando cebollas con guantes de fregar...

Hombre – ¡Eso me pone todavía más!

Camarero (*poniendo los ojos en blanco*) – Bueno, ¿qué te pongo?

Hombre – Ahora sí me tomaré mi segundo cóctel gratis...

Camarero – ¿Y para la señora?

Hombre – Pues... Eso. Mi segunda copa gratis.

El camarero suspira y le sirve el segundo cóctel.

Hombre – Tienes razón, con esta cara lo tengo que apostar todo al sentido del humor. A ver si la hago reír... (*Piensa.*) ¿No te sabes algún chiste bueno?

El camarero coloca el vaso frente al hombre y le lanza una mirada elocuente.

Hombre – Vale, me las arreglo yo solo...

El hombre coge el vaso y se dirige hacia la mesa donde está sentada la rubia. Se gira una última vez hacia el camarero.

Hombre – ¿Estás seguro de que has sacado todas las cosas que flotaban en el cóctel...?

El camarero asiente con un aire cansado. El hombre se aleja para sentarse en la mesa con la rubia.

9 – El camarero – El psicópata

Entra un hombre de aspecto siniestro, vestido como un leñador. De su bolsa de viaje sobresale la hoja de una motosierra. Es el Decapitador de Bélgica... y, además, el padre del camarero.

Camarero – ¿Papá...? ¿Pero qué haces aquí?

Psicópata – ¡No iba a pasar por París sin darle un beso a mi querido hijo!

Camarero – Te he dicho que no puedes quedarte aquí.

Psicópata – Solo sería por un día o dos...

Camarero – La policía ha estado aquí... Te están buscando.

Psicópata – ¡No me vas a denunciar a la policía, que soy tu padre! ¡Judas!

Camarero – Como te pillen aquí, se me cae el pelo...

El psicópata ve la cubeta de cóctel.

Psicópata – Por lo menos ponme algo de beber, coño. Me muero de sed.

A regañadientes, el camarero le sirve un vaso de cóctel.

10 – El hombre – La rubia

El hombre está sentado frente a la rubia.

Hombre – Ya verás, es muy estimulante.

Rubia – Tiene un sabor raro... ¿Qué lleva?

Hombre – El cóctel de la casa...

Rubia – Esto huele a cangrejo podrido...

Hombre – A saber qué lleva. El camarero guarda la receta como un secreto de familia... Y además, los gustos son muy relativos. Hay países donde comen saltamontes fritos de aperitivo, ¿sabes? Hay quien se come hasta la placenta después del parto. Mi ex comía lombrices: decía que eran proteínas puras.

Rubia – Entiendo por qué la dejaste.

Hombre – Bueno, en realidad fue ella quien me dejó, pero...

Rubia – ¿Ah, sí?

Hombre – Un día me soltó: «Eres el tío más gracioso que conozco... y también el más gilipollas».

Rubia – Bueno, no es que me aburra contigo, pero mi amigo no debería tardar en llegar... (*Mira su reloj.*) De hecho, ya debería estar aquí.

Hombre – Si yo hubiera quedado con una chica como tú, estaría aquí desde que abrieron por la mañana, para no perdérmela...

Rubia – Sin embargo, alguien que se llama McDonald debe estar muy solicitado, ¿no?

Hombre – No te imaginas lo solitaria que puede ser la riqueza. Las mujeres se intimidan; les da miedo que las tachen de interesadas...

Rubia – Lo sé perfectamente. A las mujeres guapas nos pasa lo mismo. Los hombres no se acercan porque temen que creamos que solo nos quieren por el físico...

Hombre – Por eso será que los hombres más ricos terminan casándose con las mujeres más guapas...

Rubia (*filosófica*) – El encuentro de dos soledades...

Silencio incómodo.

Hombre – ¿Sabes por qué a las rubias les encanta el esquí acuático?

El camarero lanza una mirada consternada hacia el hombre.

Rubia – No...

Hombre – Porque van con las piernas abiertas, las bragas empapadas... ¡y un tío tirando de ellas desde una lancha! ¿No te lo sabías?

La rubia fuerza una sonrisa. El camarero mira al hombre, escandalizado.

Rubia – Pues no. Qué raro... Pero tampoco quiero interponerme entre tú e Ingrid.

Hombre – No te preocupes. De todas formas, no tenía las competencias necesarias para el puesto. Seguro que se dio cuenta y decidió no venir...

En ese momento vuelve la morena, desgreñada, desencajada y con la ropa hecha un desastre.

Rubia – Vaya... Parece que no.

Hombre – ¿Perdón?

Rubia – Me parece que es tu cita. ¿La entrevista de trabajo...?

El hombre ve a la morena y pone mala cara.

Rubia – Bueno, te dejo.

Hombre (*decepcionado*) – ¿Nos vemos luego? No tardaré nada. Solo el tiempo de explicarle que no tiene el perfil adecuado...

Rubia – Voy a empolvarme la nariz. Si no volvemos a vernos, ya nos llamaremos...

Hombre – ¡Pero no tienes mi número!

Rubia – Te buscaré en las páginas amarillas, por McDonald.

La rubia se dirige al baño.

Hombre – ¡Y que conste que invito yo, eh!

El hombre resopla después del susto y mira a la morena, que se acerca a la barra como un zombi.

Hombre – Bueno... Esto ya es más creíble.

Aun así, se toma el tiempo para peinarse un poco y pensar cómo abordarla.

11 – El psicópata – La morena

El camarero se mantiene al fondo. El psicópata está acodado en la barra, con una copa en la mano.

Psicópata – Está cojonudo este cóctel. Tendrás que darme la receta.

Entra la morena. El psicópata observa su ropa desaliñada y su aspecto desarreglado.

Psicópata – Joder, ¿qué te ha pasado? ¿Te ha atropellado el camión de la basura?

Morena – Me paré en un puente para fumar y tomar el aire. Me senté en la barandilla para hacer una llamada y se me cayó el bolso. Intenté cogerlo antes de que llegara al agua, resbalé... y acabé al otro lado de la barandilla.

Psicópata – ¿Te caíste al Sena? ¡Pero si no estás mojada!

Morena – Caí sobre un banco de arena. Mi bolso sí se lo llevó la corriente... Y ahora tampoco encuentro el móvil.

Psicópata – Oye, ¿te apetece ir al cine? Están reponiendo La matanza de Texas aquí al lado.

El camarero le lanza una mirada fulminante.

12 – El hombre – La morena

El hombre se acerca a la morena.

Hombre – Perdona... ¿Tú eres Ingrid?

Morena (*vacilando*) – Eh... Depende...

Hombre – Claro, es un seudónimo. Yo soy Ronaldo. Hemos quedado.

La morena parece aún más sorprendida.

Morena – Ah, sí...

Hombre – ¿Nos sentamos cinco minutos?

Morena – Sí... ¿Por qué no?

Se sientan. El camarero y el psicópata observan la escena con curiosidad. Entre el hombre y la morena se instala un silencio bastante incómodo.

Hombre – Te reconocí enseguida.

Morena – ¿Ah, sí...?

Hombre – No sé... El nombre me dio una pista. Ingrid... Te imaginas a una persona de una determinada manera...

Morena – ¿Y te imaginabas a una morena gordita que parece salida de un contenedor?

Hombre – ¿Y tú...? Quiero decir... ¿No te sorprendo mucho viéndome en persona?

Morena – Un poco. Pero no me has decepcionado, que conste. Como no esperaba absolutamente nada... Hasta me has decepcionado para bien.

Hombre – Como dice mi tío, el amor es como una hamburguesa: cuando llevas tiempo sin comer, te da igual que la carne sea de tercera. (*Compasivo*) Por cierto, hablando de carne picada... Siento mucho lo de tu madre.

Morena (*con cautela*) – Gracias...

Hombre – Mi padre siempre decía de mi madre: «Por encima de ella ha pasado todo Dios, menos el tren». Peor habría sido al revés, ¿no?

La morena lo mira, perpleja. El camarero se acerca a tomar la orden.

Hombre – ¿Quieres algo?

Morena (*haciendo mohines*) – No sé... Eh...

Hombre (*interrumpiéndola, al camarero*) – Un café y un vaso de agua. El agua para mí.

El camarero pone los ojos en blanco y vuelve hacia la barra.

Hombre – Entonces, ¿eres tanatopractora?

La morena lo mira, desconcertada, pero no lo desmiente.

Hombre – Debe de ser apasionante. ¿Y en qué consiste exactamente?

La morena parece algo desorientada.

Morena – Pues... Es un poco como... ¿Cómo te lo explico...?

El hombre deja caer la cabeza sobre la mesa y se pone a roncar.

Morena – Voy yo a buscar el café. Será más rápido. Y me hace falta uno bien cargado...

La morena le hace un gesto al camarero, que estaba a punto de traer el café y el vaso de agua, para que no se moleste.

13 – La morena – El psicópata

El psicópata sigue apoyado en la barra. El camarero le dice algo al oído y se dirige al sótano. Llega la morena.

Morena – ¿Quién es ese tipo?

Psicópata – ¿No es el que estabas esperando?

Morena – Había quedado con un tal Juan Carlos, al que conocí por internet. Su foto estaba tan borrosa como la mía, pero desde luego no se parecía nada a ese tío...

Psicópata – Yo, en tu lugar, no tiraría la toalla. Es tu oportunidad de no acabar soltera...

Morena – Gracias... De momento parece que mi conversación le importa una mierda...

La morena coge el café y el vaso de agua. Está a punto de volver a la mesa con el hombre, pero se detiene.

Morena – Oye, ¿tú sabes lo que es un tanatotráctor?

Psicópata – ¿Un tanatopractor?

Morena – Eso, lo que sea...

Psicópata – ¿Has visto la serie A dos metros bajo tierra?

Morena – No...

Psicópata (*sorprendido*) – ¿Pero tú no tienes televisión?

Morena – Sí, compré una de segunda mano. Solo pilla un canal extranjero, en alemán y en blanco y negro. Así que casi no la pongo.

Psicópata – Es la historia de dos hermanos que llevan una funeraria. Uno es gay, y se dedican a preparar cadáveres.

Morena – ¿Pero se puede ser gay y trabajar preparando cadáveres...?

El psicópata la mira con cara de asombro.

Morena – Bueno, da igual. Ya me inventaré algo...

Ella se aleja hacia la mesa.

14 – La morena – El hombre

La morena vuelve a la mesa del hombre y coloca el café y el vaso de agua sobre la mesa.

Morena – Perdona... Aquí tienes el agua...

El hombre se despierta de golpe, como si nunca hubiera estado dormido.

Morena – ¿Estás seguro de que no prefieres el café...?

Hombre – No, gracias. Si tomo café, luego no pego ojo por la noche...

Morena – Ah...

Se miran un momento con cierta incomodidad. Para disimular, ella vacía su café de un trago.

Morena – ¡Esto despierta a cualquiera!

Hombre – ¿Lo tomas sin azúcar?

Morena – ¿Te sorprende?

Hombre – Bueno, hay gente que se pide un menú gigante con dos hamburguesas y patatas XXL... y luego un refresco light. Oye, ¿hace mucho que te apuntaste a esa web?

Morena – No, no mucho. Me la recomendó un amigo... justo antes de dejar de serlo.

Hombre – Y... ¿qué tipo de hombre buscas?

Morena – Lo físico... Para mí no es tan importante.

Hombre – Menos mal...

Morena – No... Busco a un hombre que sepa ver en una mujer su belleza interior.

Hombre (*con mirada lasciva*) – O sea, que no quieres al típico tío que te pregunta qué lees mientras se imagina cómo te queda un tanga...

Silencio incómodo.

Hombre – ¿Y qué estás leyendo ahora?

Morena – Pues un libro gordísimo que me dejó una amiga. No me acuerdo del título, pero va de una mujer que...

El hombre se desploma sobre la mesa, dormido, y empieza a roncar. La morena se queda atónita; luego saca del bolso una novelita romántica de saldo y se pone a leer mientras espera a que despierte.

15 – El camarero – El psicópata – La rubia

El camarero regresa e interpela a su padre psicópata.

Camarero – Vale, puedes dormir esta noche en el sótano. Te he puesto un catre. Pero mañana no quiero verte aquí, ¿entendido?

El psicópata sonríe encantado y se aleja a inspeccionar el sótano. La rubia sale del servicio limpiándose los últimos restos de coca de la nariz. Señala al hombre que habla con la morena.

Rubia – ¿Conoces a ese tipo?

Camarero – Depende. ¿Qué quieres saber?

Rubia – Pues si es un psicópata con permiso de fin de semana, por ejemplo.

Camarero (*mirando a su padre*) – ¿También se cree hijo de Dios?

Rubia – Peor. Se cree heredero de McDonald's.

Camarero – Pues debe de tener sangre escocesa, porque su cartera lleva alambre de espino. Entre los condones caducados y la tarjeta de crédito...

Rubia – Y además de tacaño es imbécil. Su ex tenía razón... Por cierto, yo no soy Ingrid.

Camarero – Ya lo sé...

Rubia (sorprendida) – ¿Ah, sí...?

Camarero – Soy yo.

Rubia – ¿Perdón?

Camarero – Ingrid es uno de mis perfiles en las webs de citas. También soy Juan Carlos, Karl... y Gertrudis.

La rubia se queda pasmada.

Rubia – O sea que todos habíamos quedado contigo. Yo podía pasarme aquí la vida esperando a Karl...

Camarero – Al principio usaba solo nombres de mujer: en muchas webs ellas entran gratis. Luego decidí ampliar el mercado.

Rubia – ¿Ampliar el mercado...?

Camarero (*señalando el bar vacío*) – Hay crisis, cariño. Hasta los gays tenemos que llegar a fin de mes. Así que rastreo webs de citas: hombres, mujeres, heteros, gays... Ya no puedo permitirme el lujo de discriminar. Los cito aquí y, mientras esperan, se toman unas copas. Happy Hour, negocio redondo.

Rubia – Pero Ingrid y Karl nunca se presentan. Es una crueldad.

Camarero – Bueno, entre plantón y plantón algunos terminan haciendo buenas migas...

Rubia – ¿Y tú cómo te llamas de verdad?

Camarero – Alfred.

Rubia – Vaya... Suena un poco antiguo.

Camarero – A mi padre le apasiona Hitchcock. ¿Has visto Psicosis?

Rubia – ¿Esa en la que una rubia entra en un sitio donde un chalado tiene a su madre disecada en el sótano...?

Camarero – Algo así...

Rubia – Pues nunca se me habría ocurrido que Ingrid fueras tú.

Camarero – Las apariencias engañan. En una fiesta de disfraces le metí mano a un tipo vestido de bombero.

Rubia – ¿Y qué pasó?

Camarero – ¡Que era bombero de verdad! En las fiestas gays nos tomamos muy en serio la seguridad.

Rubia – ¿Te dio una bofetada?

Camarero – Ni siquiera.

Rubia – ¿Y era gay?

Camarero – No. Pero yo iba disfrazado de enfermera...

El camarero ve que vuelve la comisaria. Coge el barreño del cóctel, ya vacío, y hace una seña a su padre para que lo siga. El padre recoge la bolsa de la que sobresale la motosierra.

Camarero – No queda cóctel de la casa. Bajo al sótano a preparar más. Es allí donde elaboro este néctar en secreto, a salvo de las miradas indiscretas...

La rubia se queda sola en la barra.

16 – La rubia – La comisaria

La comisaria entra en el bar visiblemente borracha y se acerca a la rubia, que está apoyada en la barra.

Comisaria – ¿Dónde está el dueño?

Se oye arrancar una motosierra. La comisaria levanta la cabeza, intrigada.

Rubia – Se ha ausentado un momento...

Comisaria – Lo esperaré.

La comisaria echa un vistazo alrededor.

Comisaria – ¿Viene a menudo por aquí?

Rubia – Le advierto, no soy lesbiana.

Comisaria – Ah... Entonces supongo que no se llama Gertrudis.

Rubia – ¿Tengo yo cara de Gertrudis?

La comisaria observa a la rubia con aire sospechoso.

Comisaria – Con todo lo que se está metiendo por la nariz, yo no iría de lista, ¿entendido?

La comisaria muestra una tarjeta.

Rubia (*leyendo la tarjeta*) – «Piscina municipal. Bono de diez baños»...

La comisaria se da cuenta de su error.

Comisaria – Perdón, no era esa.

Le entrega su tarjeta de policía.

Comisaria – ¿Quiere que le haga abrir el bolso aquí mismo...?

Rubia (*bajando la voz*) – Perdone...

Comisaria – Pues más vale que colabore. Le repito la pregunta: ¿viene mucho a este bar?

Rubia – No... Vivo en las afueras.

Comisaria – Una mujer sola no debería andar por aquí a estas horas. Mañana pueden encontrarla en el fondo del Sena... cortada por la mitad con una motosierra.

Rubia – Gracias... Tendré cuidado al volver.

Comisaria – ¿Quiere que la acompañe hasta una parada de taxis?

Rubia – Tengo una cita con alguien.

Comisaria – ¿Alguien...?

Rubia – Un hombre... que conocí en una página de citas.

La comisaria sacude la cabeza con gesto desaprobador.

Rubia – Creí que en un bar estaría a salvo... Sobre todo en uno gay.

Comisaria – ¿Su amigo es gay?

Rubia – Yo... No lo creo. Al menos no pensé que lo fuera cuando acepté la cita.

Comisaria – No queda muy claro... (*Le entrega una tarjeta.*) Tome, aquí tiene mi número. Si pasa algo, llámeme.

Rubia – «Fontaneros de urgencia»... Gracias.

Comisaria – Perdón, tampoco era esa. (*Le da otra.*) Bueno, seguiré con mi ronda... Quiero decir, con la investigación. Dígale al dueño que he pasado. Siempre tranquiliza ver a la policía por el barrio.

La comisaria se prepara para irse.

Rubia – ¿Buscaba usted a una tal Gertrudis?

Comisaria (*misteriosa*) – Yo también tengo perfiles en alguna web de citas...

La comisaria se marcha.

17 – El hombre – La morena

El hombre se despierta e intenta reanudar la conversación como si no se hubiera dormido.

Hombre – Astrid... Qué nombre más bonito...

Morena – Sí... (*Vacila.*) Pero yo soy Ingrid, ¿no...?

Hombre (*sin pestañear*) – Es un nombre celta. ¿Tienes antepasados escoceses?

Morena – Eh... No, que yo sepa...

Hombre – Mejor. Yo, con mi apellido, lo tengo claro. Nací en Edimburgo...

Morena – Qué curioso, tienes más pinta de mediterráneo...

Hombre – Bueno, no exactamente escocés. Mi tío es de allí, y además Edimburgo está al sur de Escocia. Allí beben sangría y hacen corridas de toros... (*Silencio.*) ¿Sabes por qué los escoceses solo llevan una espuela cuando montan a caballo? (*Ella finge interés.*) Porque en cuanto anda la mitad del caballo, la otra mitad también lo sigue.

Morena (*con una sonrisa forzada*) – Claro...

Hombre – Tienes un jersey muy bonito...

Morena – ¿De verdad te gusta...?

Hombre – No es que te realce mucho la figura, pero tiene que ser muy calentito en invierno. ¡Y ahí dentro cabemos dos! Si algún día vamos de acampada, nos sirve de tienda de campaña...

Morena – Perdona, acabo de ver a una amiga...

La morena se aleja hacia el bar.

18 – La rubia – La morena

La morena se acerca a la rubia en la barra.

Morena – ¿Eres Ingrid?

Rubia – Depende... ¿Cuánto me pagas por no serlo?

Morena (*tendiéndole un billete*) – ¿10 euros te sirven?

Rubia – ¿20?

Morena (*añadiendo otro billete*) – Trato hecho.

Rubia (*guardándose los billetes*) – ¿Tanto te gusta o esperas que te regale hamburguesas?

Morena – No lo sé... (*Mira al hombre con ternura; él le hace un saludo idiota.*) Me da penita. Me despierta el instinto maternal. Supongo que es lo mismo que les pasa a las supermodelos con esos rockeros feísimos...

Rubia – Sí, pero esos rockeros tienen dinero. Y tú, perdona que te diga, tampoco pareces una supermodelo.

Morena – Gracias, mona... Tú puedes probar suerte con el leñador. Creo que le has hecho tilín.

La rubia mira al psicópata, que vuelve solo, con la camisa manchada de sangre. Se pone tras la barra, ocupando el sitio del camarero, y deja sobre el mostrador un barreño lleno de cóctel.

Rubia – ¿Te lo ha dicho él?

Morena – Se le nota. ¿Has visto cómo te mira? Por lo visto tiene una empresa maderera enorme en Canadá...

El psicópata le lanza a la rubia una sonrisa inquietante.

Rubia – ¿Ah, sí...?

Morena (*con malicia*) – Pues suerte... (*Amaga con volver a la mesa y se detiene.*) Antes voy a vomitar este puto cóctel. Si no, acabaré echándoselo encima. Y no queda bien potar sobre tu pareja en la primera cita.

La morena se dirige al baño. La rubia duda un instante y luego abandona el bar.

19 – El psicópata – El hombre

El hombre se acerca a la barra y se dirige al psicópata.

Hombre – Tiene cojones la cosa. Dos años sin follar y en una hora me encuentro con dos pibones...

Psicópata – Es Happy Hour. Venga, esta ronda la pago yo.

El psicópata le sirve un tercer vaso de cóctel.

Hombre – Lleva los vaqueros tan apretados que me da miedo que salte un botón y me saque un ojo mientras hablo con ella...

Psicópata – ¿De quién estás hablando?

Hombre – ¿Qué te parece la morena? No es ninguna belleza, pero... no tiene pinta de chupar solo caramelos. Mi última novia decía que mi polla parecía una gominola blandita. ¿Qué harías tú? Con mi nivel de esquí, ¿me tiro por la pista marrón de principiantes o por la pista rubia, la de los suicidas?

El psicópata lo mira con una mezcla de lástima y asco.

Psicópata – Yo soy más de ir fuera de pista...

La morena regresa a sentarse.

Hombre (*a la morena*) – ¡Ahora voy! (*Al psicópata*) Cuando Daisy... digo, Ingrid... se entere de que no soy sobrino del Tío Gilito, voy a quedar como un auténtico Mickey. Pero hasta entonces...

El hombre vacía su vaso de un trago.

Hombre – Da igual que el gato sea blanco o negro, mientras cace ratones...

Psicópata – ¿Walt Disney?

Hombre – Deng Xiaoping. Hay que ser realistas. Más vale pájaro en mano que ciento volando...

El hombre se aleja hacia la morena.

20 – El hombre – La morena

El hombre vuelve hacia la morena, pero no se sienta.

Hombre – ¿Te apetece una peli? Reponen La matanza de Texas aquí al lado.

Morena (*fingiendo entusiasmo*) – ¡Estupendo! ¿Y después vamos a un McDonald's?

Hombre – Las hamburguesas me recuerdan demasiado al trabajo. Como dice mi tío: «No verás nunca a un urólogo de vacaciones en un campo nudista...»

La morena, desconcertada, le dedica una sonrisa educada.

Hombre – Yo prefiero la carne poco hecha... ¿Has venido en coche?

Morena – Soy más de transporte público. ¿Y tú...?

Hombre – Hasta ahora yo practicaba más bien el transporte en solitario. Pero ahora que te he conocido...

Salen juntos. Mientras se alejan, la morena le hace al psicópata una señal discreta para indicarle que todo va sobre ruedas.

Hombre – Tanatopractor... Eso es como un quiropráctico, pero con muertos, ¿no?

Morena (*incómoda*) – Un poco...

Salen.

21 – El psicópata – La rubia

El psicópata, solo tras la barra, lee una revista titulada «Thanato» mientras suena una vieja canción sobre morir en el escenario. Vuelve la rubia, ahora mucho más simpática y dispuesta a seducirlo. El psicópata apaga la música.

Psicópata – Tendría que haberte avisado: este cóctel crea adicción...

Rubia (*insinuante*) – ¿Un filtro de amor? ¿Es la única manera que tienes de fidelizar a los clientes?

Psicópata – Los que no se mueren con él ya no pueden vivir sin él. (*Sorprendido por las insinuaciones.*) ¿Te pongo otro? Lo acabo de hacer. Está fresquito.

El psicópata sirve otro cóctel para la rubia. Brindan. La rubia lo mira a los ojos con aire lánguido.

Rubia – ¿Te gusta esa cantante?

Psicópata – Tengo todos sus discos...

Rubia – Yo también sueño con ser famosa...

Psicópata – ¿Y tienes algún talento especial?

Rubia – Ah, no. No quiero hacerme famosa por mi talento. Quiero ser famosa por ser famosa. Como Paris Hilton.

Psicópata – Pues búscate un nombre artístico. No sé... Berlín Marriott.

La rubia sonríe, sin que quede claro si ha entendido el chiste.

Psicópata – No me digas que una chica tan guapa como tú tiene problemas para encontrar pareja...

Rubia – Los hombres son como los miopes: enseguida se cansan de sus nuevas monturas.

Psicópata – ¿Para qué comprar la vaca si puedes beber la leche gratis...?

Rubia – La mayoría de los tíos están tan salidos que les daría igual acostarse conmigo o con un cadáver...

Psicópata – Te aseguro que hay una diferencia enorme.

Rubia – Son todos unos cabrones. A mi mejor amiga el marido la dejó cuando estaba con un bombo...

Psicópata – ¿Tocaba en una charanga?

Rubia – En fin... Y mira que yo tengo cuidado. Conoces a cada tío en las discotecas... Te jura que es piloto de avión y luego no tiene ni para pagarte una copa. Tú, en cambio, pareces un hombre distinguido.

Ella echa un vistazo a la revista «Thanato».

Rubia – ¿Tú también eres tanatopractor?

Psicópata – Solo aficionado...

Rubia – ¿Y qué se hace exactamente?

Psicópata – ¿Tú a qué te dedicas?

Rubia – Soy esteticista para rubias.

Psicópata – Pues es prácticamente lo mismo... pero para rubias muertas.

Rubia – Ah... Entiendo...

Psicópata – Una profesión fascinante, ¿verdad?

Rubia – Sí, claro... ¿Y de dónde te viene esta... vocación?

Psicópata – En el entierro de mi mujer. No veas las maravillas que hicieron para volver a pegarle la cabeza...

Rubia (*tragando saliva*) – Ah... Ya veo...

Psicópata – Bueno, ha llegado la hora de cerrar...

Baja con un ruido siniestro una persiana metálica que no vemos.

Psicópata – Si me pilla de camino, puedo acompañarte...

Rubia – ¿Por qué no...?

Psicópata – Salgamos por la puerta de atrás.

Le indica el camino de salida.

Psicópata – Cuidado, que la escalera es bastante empinada.

Rubia (*riendo nerviosa*) – Y yo bastante bebida... Será por el cóctel. ¿Qué coño lleva?

Psicópata – Nada más que ingredientes naturales. Es casi ecológico...

La rubia saca un espejito del bolso y se mira.

Rubia – Pues lo natural me sienta fatal. ¡Tengo cara de muerta!

Psicópata – No te preocupes, que vamos a dejarte guapísima...

Apaga la luz mientras suena una música tétrica de créditos. Pero la luz vuelve a encenderse.

Se oye arrancar una motosierra con un chirrido espantoso. Apagón.

FIN

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Enero de 2025

ISBN 978-2-38602-314-9

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.